

LA CALLE DE LA ESCONDIDA

RELATO HISTÓRICO

Ni en el amor, ni en la gloria,
 ni en la dicha, ni en la fama,
 creyó nunca el desalmado
 Ramiro Béjar de Abarca.
 Hijo de padres muy nobles
 y de riquezas muy vastas,
 educóse cual se educan
 los hijos de los monarcas.
 Siempre cruzando los mares
 para ver tierras extrañas;
 siempre en tratos con guerreros
 heroicos en cien campañas;
 siempre entre sabios de toga
 y eminencias de sotana,
 oyendo elogiar ya un libro,
 ya un bajel, ya una coraza,
 creció Ramiro cual crecen
 los robles en la montaña,
 desdeñando tempestades
 y combatiendo borrascas.
 Fué la mar su solo espejo,
 la lealtad su mejor arma,
 el estudio su ejercicio
 y el peligro su enseñanza.

¡Cuántas veces le miraron
 en noche negra y helada,
 por salvar á un marinero,
 audaz arrojarse al agua!
 ¡Cuántas veces combatiendo
 con algún barco pirata,
 él inició el abordaje
 ardiendo en valor y en rabia!
 La juventud en sus venas
 vertió torrentes de lava,
 y el amor abrió en su pecho
 hoguera de intensas llamas.
 Nunca soñó esas dulzuras
 indefinibles y vagas
 que son en Pablo y Virginia
 limpios celajes del alba;
 su amor no le arrancó gritos
 como al Dante le arrancara,
 ni le inspiró las ternezas
 que inmortalizó Petrarca.
 Nunca tuvo ese horizonte
 tan azul de la esperanza,
 en que traidora nos finge
 la ilusión, voluble maga,
 un hogar dulce y tranquilo,
 y en él la mujer soñada,
 una ventura sin tregua,
 una pasión tierna y santa,
 y por el beso fundidas
 en una sola, dos almas!
 ¡Espejismos del desierto
 que la realidad apaga!
 ¡Mentiras de las más bellas!
 ¡Nubes que fugaces pasan!
 ¡Arreboles que decoran
 nuestras primeras mañanas!
 Jamás al bravo Ramiro

le perturbaron la calma,
pues amó como las fieras,
á cielo abierto y sin trabas.

Rindiendo culto á la forma,
la juventud y la gracia,
buscó en su jardín las frutas
para el placer sazonadas,
y con oro, con talento,
con arrojo y con audacia,
fueron tantos sus placeres,
sus conquistas fueron tantas,
que igualando al niño ciego
que tantas desdichas causa,
empapó con sangre todas
las saetas de su aljaba.
Así gastó el sentimiento,
y la bondad y la calma,
y encenegado en los vicios,
palpó la miseria humana.
Ya sin salud ni fortuna,
pues sin orden nada basta,
en pos de un cambio de suerte
se vino á la Nueva España.

Era virrey en tal tiempo
don Miguel Grua Talamanca,
el marqués de Branciforte
que á su Rey tanto adulara.
Como Ramiro le trajo
conocimientos y cartas,
con encargos y consejos
de gentes de gran prosapia,
para que aquí con su influjo
hiciera á Béjar de Abarca
poseedor de gran fortuna
por ser de opulenta casa;
Branciforte sin recelo

en su Corte le dió entrada,
lo distinguió en todas partes,
le dió cargos de importancia
y cual si fuera hijo suyo
presentóse en una casa,
pidiendo para Ramiro
la mano de una gran dama.

Como el Virrey era imagen
y brazo del rey de España,
los padres no le negaron
al Marqués lo que anhelaba,
y en brave plazo arreglóse
la boda, sin que faltara
señalar el dote, á tiempo,
cual era de buena usanza.

No hay plazo que no se cumpla:
violentas las horas pasan
y llega por fin la fecha
para las nupcias marcada.
A la mansión de la novia
llega el Virrey con Abarca;
un numeroso cortejo
de nobles les acompaña,
y les sigue á los altares
donde el Arzobispo aguarda.
Celébrase el matrimonio,
pero á todos les extraña
que la hechicera doncella,
sol de virtud y de gracia,
no ha levantado los ojos
para darle una mirada
á Ramiro, y solamente
vierten abundantes lágrimas.

Triste como una azucena,
que alumbra una luna pálida,
á cuanto le preguntaron

respondió con voz tan baja,
que más que frases, gemidos,
fueron sus tenues palabras.
Más lívida que un cadáver
y muda como una estatua,
recibió las bendiciones
que su enlace consagraban,
y cuando salió del templo
infundió á todos tal lástima
que el mismo Virrey quedóse
muy consternado al mirarla.

Para celebrar las nupcias
los padres de aquella dama,
convidaron á su mesa
lo mejor de Nueva España.
Eran de verse los blancos
manteles, do se ostentaban
las armas de la familia
con grande primor bordadas.
Azafates de Bohemia,
rica vajilla de plata
y vinos de los mejores
que para el Virrey mandaran.
Llega el anhelado instante
de sentarse en dulce plática
á la mesa; asisten todos
y en pie se quedan, pues falta
la esposa de don Ramiro
que en verdad mucho se tarda.
Salen con gran sobresalto
sus íntimos á llamarla;
por todas partes la buscan,
pero en ninguna la hallan,
y por patios y escaleras,
y por alcobas y salas,
con gran angustia la gritan,

á grandes voces la llaman,
y es todo en vano, pues nadie
logra verla ni encontrarla.
Profundo desasosiego
contrista á todos y amarga,
y Ramiro dando gritos
llama á su esposa con rabia.
Todo es inútil, parece
que se ha fugado la dama,
y todo es zozobra y penas,
y lentas las horas pasan.
Como es natural, ninguno
queda á comer en la casa
y á poco se ve desierta
y triste y abandonada
le mesa con los manteles
que ostentan armas bordadas,
y azafates de Bohemia
y ricos vasos de plata.
Todo es luto y amargura;
Ramiro blasfema y anda
de un extremo al otro extremo
de la silenciosa sala
como un tigre que da vueltas
desesperado en la jaula.

Pasados algunos días
se supo al fin que la dama
no sintiendo amor ninguno
por el hombre á quien la daban,
se ocultó con gran cautela
en una inmensa tinaja,
á donde sólo en las noches
iba una sirvienta anciana
para darle sin ser vista
por alimento : pan y agua.
— No puedo — dijo á sus padres —

dar el cuerpo sin el alma,
y no seré de Ramiro,
pues mi pecho no le ama.
Regaladle mi fortuna,
mi palacio, mis alhajas,
¿mas yo ser suya? bien puede
matarme sin lograr nada.
— Mira que ofendes al cielo.
— No le ofende quien no engaña.
— Has jurado ser su esposa.
— Porque así me lo mandaban;
pero juré no ser suya
ante los, en voz muy baja.
— Ya todo es inútil.

— Menos
mi firmeza de palabra;
que disponga de mis bienes,
de mis joyas, de mi casa,
pero de mí, no he de darle
ni siquiera una mirada.

Y cuentan que cuantas veces
á su esposa buscó Abarca,
despareció de su vista,
lo mismo que una fantasma.
Habiendosele ocultado
durante muchas semanas,
herido en su inmenso orgullo,
volvió don Ramiro á España,
y la Reina, al recibirlo,
como su pena ignoraba,
le interrogó sin dobleces:
— ¿ Tu consorte dónde se halla?
Contóle Ramiro el caso,
y agregó que se negaba
á seguirlo, porque nunca
llegó á verla cara á cara.

— Pues bien — agregó la Reina —
como la nombré mi dama,
por partida de registro,
haré yo que me la traigan.

Y cumplió como lo dijo;
llevaron ante sus plantas
á la dama misteriosa,
que así le habló al contemplarla:
— Reina y señora: mis penas
Dios las comprende y las calma;
podéis vos quitar la vida
á vuestra obediente esclava,
pero no le exijáis nunca
que obedezca á quien no ama,
porque no ha de darle nunca
ni la materia ni el alma.

Y al decir con honda pena
estas sencillas palabras,
fueron tales sus angustias
y tal corrieron sus lágrimas,
que conmovida y llorosa,
le dijo la Reina: — Basta.
Vivirás en esta Corte,
cual viviste en Nueva España;
allí estabas escondida,
aquí no, porque te ampara
quien compadece tus penas,
¡ tu Reina!

— ¡ Señora, gracias!
Trascurrieron varios meses,
y en Palacio una mañana,
se supo que don Ramiro,
que fué en comisión á Málaga,
presa de violento ataque
entregó á Dios el alma.

Y antes de cumplirse un año

de esa muerte inesperada,
 celebráronse con pompa
 las nupcias de aquella dama,
 con uno de los donceles
 de la nobleza más alta
 de los que tuvo la Reina
 entre su escolta de guardias.
 Afirman los que lo vieron,
 y con sencillez lo narran,
 que era un astro de ventura
 la faz de la desposada;
 y que la feliz pareja
 vino luego á Nueva España,
 donde formó una familia
 llena de prendas tan santas,
 de virtudes tan austeras
 y de caridad tan vasta,
 que hasta el presente la estiman
 y en todas partes la ensalzan.

Dicen algunos cronistas
 que por no mirar á Abarca
 la doncella fué á esconderse
 en una modesta casa
 de antiguos sirvientes suyos
 que de corazón la amaban.
 Y después de muchos años
 las gentes que todo aclaran,
 conocieron esta historia,
 y acaso por perpetuarla,
 á la calle en que aun se mira
 la humilde y estrecha estancia
 donde la joven estuvo
 oculta algunas semanas,
 la calle de « La Escondida »
 propios y extraños le llaman.

LA CALLE DE LA AMARGURA

I

Al sonar la media noche
 sobre las torres más altas,
 se acercó Lope Barrientos
 al pie de angosta ventana.

Abrióse la puertecilla
 y dos manecitas blancas
 en toscos ganchos de hierro
 suspendieron una escala.

Por ella se subió Lope,
 y á solas ya con la dama,
 díjole así con ternura,
 arrodillado á sus plantas :

— Ningún corazón se quema
 entre más candentes ascuas
 que las que encendió en el mío
 tu arrobadora mirada.

Desde la ocasión primera
 en que contemplé tus gracias,
 por todas partes te miro
 porque te llevo en el alma.

Dios lo sabe y Dios lo quiere ;
 asistí á una misa de alba

y creí ver á la Virgen
en el templo, en forma humana.

Eras tú, bien de mi vida ;
eras tú, linda y sin mancha,
que con devoción orando
cerca del altar estabas.

Por los vidrios de colores
de la cúpula sagrada,
en áureos haces entraron
los rayos de la mañana.

Y al bajar hasta la frente,
limpia, tersa, hermosa y blanca,
tejieron un casto nimbo
que ningún pincel retrata.

Los sedosos rizos rubios
que por tu toca asomaban,
eran como una diadema
de topacios entre llamas.

Yo, al verte, casi de hinojos,
oí una música extraña ;
miré tras de los altares
en risueño panorama ;
un cielo azul y tranquilo,
abajo flores y galas,
en el fondo una casita
y en ella tú y yo....

— Levanta

y cállate, lisonjero.

— Amor, lisonjas no gasta
y sólo dice verdades
como las que escuchas.

— Calla.

— ¿ Me quieres un poco ?

— ¿ Un poco... ?

¡ Como en el mundo no aman !

— Esas son lisonjas, Lope.

— Estas son verdades, Laura.

Se alzó el doncel y en sus brazos
estrechó á la hermosa dama,
y todo quedó en silencio
en la calle y en la estancia.

Porque entre amantes que anhelan
decir cuanto esconde el alma,
son, si están solos y juntos,
inútiles las palabras.

II

Era Lope un joven rico,
de valor y de talento,
que amaba las aventuras
que ponen la vida en riesgo.

Contaban que allá en España,
llegó á escalar un convento
en pos de guapa novicia
que encendió su amor primero.

Era decididor y alegre,
con oportuno gracejo,
en el vestir elegante
y en el gastar opulento ;

sin más arte en este mundo
que el de mantener un puesto
distinguido entre los grandes
y grande entre los pequeños.

El Virrey lo trató siempre
con predilección y afecto ;
pues vino recomendado
á los próceres del Reino.

Era su porte arrogante ;
ojos brillantes y negros,
barba rosada y obscura,
robusto y ágil el cuerpo.

Con atención le miraban
cuantos hallaba á su encuentro,
porque por rara costumbre
llevó siempre sobre el pecho
una hermosa cruz dorada,
pendiente de un collar negro.

Siempre cubrió su cabeza
con boina de terciopelo
ornada con blanca pluma
que airosa flotaba al viento.

Siempre se le vió portando
rica espada de Toledo
y pasar por todas partes
seguido de un escudero.

Quién le juzgaba en el vulgo
alto personaje regio
llamado á ocupar un trono
por su sangre y su derecho.

Quién, hijo de algún monarca,
vástago de amor secreto,
que á la Nueva España vino
con un elevado empleo.

La verdad es que don Lope
por su tino y por su aspecto,
prestábase á las más raras
suposiciones del pueblo.

Era corvo, un Juan Tenorio
trasplantado á nuestro suelo,
para amedrentar maridos
con sospechas y con celos.

Era muy larga la lista
de sus riñas y sus duelos
y muchas las cicatrices
esparcidas en su cuerpo.

Mas sus ruidosos amores,
sus escándalos sin término,
jamás la fe religiosa
apagaron en su pecho.

Era un devoto ferviente,
y por un hábito añejo
tuvo el de asistir á misa
al teñir la luz el cielo.

Así se encontró con Laura
una mañana en el templo,
y fué constante en seguirla,
con tan prudente respeto,
que en las engañosas redes
cayó pronto el ángel tierno,
salvando toda barrera
y desdeñando consejos
que por ser justos y sanos
pudieran salvarla á tiempo.

III

Mientras, en dulces coloquios,
Laura y su amante pasaron
las horas como minutos
del mundo entero olvidados ;

al pie de aquella ventana
lívido, y como de mármol,
mirábase á un caballero
en negra capa embozado.

Ardiendo su pecho en ira,
y en maldiciones sus labios,

en el puño de su daga
puesta la crispada mano,
y hablando consigo mismo
entre irónico y turbado :
« Aquí he de encontrarle, dijo,
él vendrá, tarde ó temprano.

» Me cuentan que ronda mucho
esta calle á lento paso,
y que antes de dar el alba
se encamina hacia el Sagrario.

» Mucho vela este tunante,
parece nocturno pájaro
que con el sol está ciego
y en las tinieblas ve claro.

» Yo le diré tres verdades
á este amante tan cristiano
que une la ronda y la misa
con un eslabón de escándalos.

» Es joven, y sabe mucho,
mas no me importan sus años,
que en los muchos que yo cuento
aun no me vacila el brazo.

» Que venga pronto á este sitio,
porque yo no espero en vano,
y que su intención me diga
antes de que cante el gallo ».

Á tiempo que esto pensaba,
escuchó un rumor extraño,
como algo que descendía
contra el muro resbalando ;
siente un golpe sobre el hombro,
busca un objeto al acaso
y encuéntrase con la escala
que desde arriba arrojaron.

— ¡ Ira de Dios ! ¡ me deshonran !
nunca llegué á sospecharlo,
baje el que mancha mis canas,
porque tengo que matarlo.

Transcurrieron en seguida
unos minutos muy largos,
la calle estaba en tinieblas,
el cielo, peor, sin astros,
y escuchábase á lo lejos
fúnebre, triste y fantástico
del temido Santo Oficio
el tosco esquilón vibrando.

Al fin descendió don Lope,
y al dar el último paso,
antes de pisar la acera
sintió en el cuello una mano.

— ¡ Miserable ! el que así roba
la dicha de un hombre honrado,
debe morir como un perro
porque deshonra al cadalso.

Y con el ímpetu ciego
con que se desprende el rayo
trató de herir con su daga
al mancebo enamorado.

Falló por su mal el golpe,
y listo don Lope en cambio,
creyendo en una venganza
de algún rival desdeñado,
sacó el puñal florentino
y sin temor ni reparo
hirió sin saber en donde
al incógnito adversario,
con tal acierto, que al punto
logró en tierra derribarlo.

Viendo que no daba muestras
de aliento, con ansia trajo

un farolillo, y al rostro
lanzó los brillantes rayos.

No bien lo contempló Lope
atronó el obscuro espacio
con un estridente grito
de consternación y espanto.

Herido estaba de muerte,
de roja sangre en un charco
el viejo padre de Laura
venganza al cielo clamando.

IV

Apaga el sol en ocaso
su luz que expirante dora
las cimas de las montañas
que pronto envuelven las sombras.

Extinguense los rumores
en pos de las tristes notas
con que al rezo la campana
llama á las gentes devotas.

En el obscuro horizonte
limpias las estrellas brotan,
y parece que descansa
la Naturaleza toda...

Entre tanto... en el obscuro
fondo de tranquila alcoba,
á la víctima de Lope
fiebre intensa lo devora.

El cuadro es triste, muy triste,
Laura angustiada solloza
oyendo que en su delirio
así su padre la invoca:

« Desde que veniste al mundo
eres tú mi dicha sola ;
te adoro con toda el alma,
porque del alma eres joya.
¿ Es verdad que me has vendido ?
¿ Es verdad que me deshonras ?
Por ti me han dado la muerte,
mas tu padre te perdona ».

Baje pronto el que me infama
y á mis pies su sangre corra...
¡ Maldita la... ¡ no ! ¡ qué digo !
La pasión la ha vuelto loca.

Hija, tu padre se muere ;
por ti la vida le cortan,
manchada estás con su sangre,
y esa mancha no se borra !

Dame la mano, hija mía,
yo voy á donde se goza,
al cielo... que á ti te niegan
por torpe y por pecadora.

¡ Un sacerdote ! ¡ me ahogo !
de nuevo la sangre brota,
de la herida que me abriera
quien vino á robar mi honra.

Y era verdad, se moría
don Guillén, y en esa hora,
Laura, que oyó sus delirios
gritaba como una loca

¡ Padre, perdón ! no me dejes ;
este crimen me abochorna,
llévame al cielo contigo
porque la vida me estorba.

Murió el anciano y fué tanta
la amargura intensa y honda
de Laura al ver su cadáver
rígido y solo, en la alcoba,
que inclinando la cabeza,
cual flor en su tallo rota,
se reconcentró en sí misma,
recordó su vida toda,
y arrodillada y convulsa
al pie de una Dolorosa,
murió de remordimiento,
de amargura y de deshonra:

V

Lope, á quien por tal suceso
ninguno entonces denuncia,
al saber que murió Laura
enloquecióse de angustia,
y llegó hasta el mismo sitio
de la trágica aventura,
ya sin ilusión de amores
y sin esperanza alguna,
do cuentan que despechado
maldijo la suerte injusta,
y presa de un accidente,
que los sentidos le turba,
cayó do estaba la sangre
del viejo Guillén, aun húmeda.

Allí lo alló un religioso
que auxiliarlo no rehusa,

al cual no puede decirle
Lope sus horribles culpas,
porque cuando hablar intenta
su torpe lengua se anuda.

.....

Mirando tantos desastres
que en aquel lugar se juntan,
en el padre asesinado,
en Laura, por él difunta ;
y en el criminal amante
á quien á morir ayuda,
el buen fraile e-tas palabras
lleno de dolor pronuncia :
« Para mí ha sido esta calle
la calle de la amargura »,
y dejáronle ese nombre
que da margen á esta ruda
leyenda, sobre una historia
fúnebre, extraña y confusa.

LA CALLE DE LA BUENA MUERTE

I

Amor, tirano del mundo,
por cuanto abarca la vista
ninguno á contar alcanza
el número de tus víctimas.

Lo mismo el que calza espuela
y ostenta yelmo y loriga
que el pastor á quien le cubre
la espalda tosca pelliza;

lo mismo el que sale en busca
de peligrosas conquistas
que el desengañado amante
que del mundo se retira;

todos enseñan ó esconden
las incurables heridas
que abrieron, más que tus dardos,
tu astucia ó tu alevosía.

Todo en tus redes lo dejan.
los incautos que alucinas,
pero ¿quién no ha sido incauto
cuando tus filtros lo hechizan?

¿Quién no ha pecado de torpe
cuando su bien sacrifica
por disfrutar una sola
de tus engañosas dichas?

El más sabio y más prudente
al pie de una reja olvida
cuanto ayer le aconsejaron
prudencia y sabiduría.

Y en las apartadas celdas
do crecen las flores místicas
para inquietar á las almas
son los recuerdos, avispas.

En el venerable anciano
que el cuerpo trémulo inclina
cual si fuera de su frente
á sacudir las cenizas,

las memorias de otros tiempos
lo confortan y lo animan
y son las blancas estrellas
que en su crepúsculo brillan.

Y en el inexperto mozo
que nada teme ni esquiva
el amor es su ejercicio,
su tesoro y su divisa.

Y entre tanto, ¡oh niño ciego!
alimentas la perfidia
y ries de los perjuros,
pues tu cetro es la mentira.

Y las doncellas burladas,
las damas mal comprendidas,
que mueren sin que las lloren
los que más las martirizan,

dan pábulo á la leyenda
y á la tragedia sombría,

y en dulces ó amargos versos,
en tristes ó alegres rimas,

sobre el mar de las edades
bogan en nave tranquila,
pues de frágil.s mujeres
las hizo amor heroínas;

y se lloran sus desgracias,
se lamentan sus desdichas,
sin mirar que en este valle
de lágrimas é injusticia

aun quedan viviendo muchas,
no Beatrices ni Eloisas,
pero que son del dios ciego
tristes é indefensas víctimas.

No merecen un poema
sus penas en nuestros días
que fué de bardos de antaño
tañer tan alto la lira.

Mas si en cuentos para el pueblo
cabén cosas tan sabidas,
basta de prólogo inútil
que por pesado fatiga.

Y al grano; lo que refiero
será verdad ó mentira,
y tal como me lo han dicho
permittedme que os lo diga.

II

Era Dulcenombre Llanes
una muchacha hechicera
á quien por grata costumbre
llamáronle « Dulce » á secas.

Labios húmedos y rojos

brillantes como cerezas,
el cutis apiñonado,
árabes pupilas negras,

las mejillas sonrosadas,
la faz hermosa y risueña,
y con muy pocos abriles,
y muy exquisitas prendas.

Era cual hija un modelo
por lo amorosa y lo tierna,
un ángel por sus bondades
" por su gracia una reina.

Hija de padres muy pobres
nunca usó costosas piedras
ni dió música á sus pasos
con el *frú frú* de la seda.

Su padre, soldado viejo
que sirvió á la independencia,
adoraba á Dulcenombre
con una pasión inmensa.

Y era de ver por las tardes
al viejo charlar con ella
contándole mil hazañas
que los sabios menosprecian.

Era digno de una copia
el cuadro vivo, la escena,
que por más que lo procuro
mi pluma á pintar no acierta.

Una alcoba muy obscura,
muy humilde y muy estrecha,
con muros y pavimento
limpios como una patena.

En tosca silla de pino,
al extremo de una mesa,

la madre de Dulcenombre,
flor que los años no secan,

cose con su mano aun firme
la ruda labor ajena,
que si da corto salario
largas vigiliás le cuesta;

Dulce, imitando á la madre,
con santa quietud arregla
lo que habrán de recibirles
de sus trabajos en cuenta;

el anciano, contemplando
á la dichosa pareja,
sin fijarse en sí lo escuchan
mueve á su sabor la lengua.

Refiere cosas extrañas
que siempre parecen nuevas,
y se le arrasan los ojos
al citar nombres y fechas.

— « El señor Morelos — dice —
era de piel muy trigueña,
con unos ojos muy negros
que brillaban como estrellas.

Era muy grueso de carnes,
pero así, de tal manera,
que las botas de campaña
no pudo él mismo ponérselas.

Y como era tan difícil
meter las botas aquellas,
él enseñó á un asistente
á que tal cosa aprendiera.

Y nada más uno supo
darle gusto en tal empresa,
— Padre, pero si es tan fácil...
— No tanto como lo piensas...

Primero : el señor Morelos
siempre sufrió de las piernas ;
segundo : para calzarlo
se necesitaban fuerzas ;

porque era así, muy obeso,
muy torpe, lo que tú quieras,
y nada más uno supo
servirlo á prisa.

— ¿ Quién era ?

— Sábelo con regocijo
tu padre que aquí contemplas,
¡ Yo tuve Dulce, esa gloria
con aquel genio de América.

Y con los ojos nublados
por las lágrimas más tiernas,
murmuraba : ¿ Fácil ? ¿ fácil ?
¡ no tanto como lo piensas !

Y la encantadora Dulce
miraba con reverencia
al que juzgaba una gloria
grande, sin igual, inmensa,
haber sido el asistente
que en el fragor de la guerra
calzaba al genio más grande
que brilló en la independencia.

Y ellas pasaban las horas
cosiendo labor ajena
y el viejo citando acciones
ya pueriles y ya serias.

¡ Oh santa paz del trabajo !
¡ oh virtud de la pobreza !
allí reinaba la dicha
que en vano tantos anhelan.

Porque á veces no es remoto
hallar el cielo en la tierra
aun en una alcoba humilde,
muy oscura y muy estrecha.

III

¡ Ay de la fe que vacila!
¡ ay de la fe que razona!
¡ ay de la casta doncella
que ama con el alma toda!

Muere la fe como el lirio
que el soplo invernal agosta,
y surge la negra duda
trono de la eterna sombra.

La hechicera Dulcenombre
oye la voz engañosa
que su corazón conmueve
y sus sentidos trastorna.

Y sin explicarse nunca
el mal que su calma agota,
ama por la vez primera
como ciega, como loca.

En el jardín de la vida
la mujer es una rosa
que con el menor quebranto
se marchita ó se deshoja.

¡ Cuántas tardes el buen viejo
interrumpió sus historias
y al ver llorando á su hija
le preguntó: ¿ Por qué lloras?

La mujer es siempre astuta,
y aquella inocente moza
contestaba: « Porque todo
lo que dices me impresiona »

El padre enorgullecido,
con voz apagada ó ronca
continuaba los relatos
de sus añejas victorias.

¿ Qué sabe un viejo soldado
de esas penas silenciosas
que ó un ángel de quince abriles
la paz y la fe le roban?

Las ve como nubecillas
que si los cielos entoldan,
al primer soplo del viento
fugaces se desmoronan.

Pero Dulcenombre sufre,
en sueños grita y solloza,
y así dormida descubre
algo que á su madre asombra.

Quiere el amante llevarla
muy lejos, donde no opongán
trabas al amor inmenso
que sus almas aprisionan.

La doncella no consiente,
pero lucha, piensa, llora,
y lo que calla despierta,
durmiendo lo grita loca.

Pronto sabe el veterano
que á Dulce, su flor hermosa,
un galán vertió en el pecho
un filtro que la emponzoña.

Busca al amante y lo encuentra
y ¡ oh verdad desgarradora!
aun queriéndolo no puede
darle su nombre á la moza.

¡ La engañó como un villano
y engañada la abandona!

Cruza en la rugosa frente
del veterano una sombra,

y con el vigor antiguo
que la venganza redobla,
castiga como merece
al que la dicha le roba.

¡ Miserable! — dice airado —
quien el corazón destroza
de una inocente que todo
lo infame y lo torpe ignora,

el que mancha un nombre limpio
y de un anciano se mofa
profanándole á su hija
como un ladrón en la sombra,

pague su crimen cual debe
y su sangre gota á gota
lave la manchas que osado
sobre mis canas arroja.

Y con la pequeña espada
punzante, afilada y corva,
que como buen insurgente
usó en triunfos y derrotas,

busca el corazón artero
del que sus iras provoca,
lanza el golpe, suena un grito,
y queda todo entre sombras.

IV

Bañado en su propia sangre,
en la acera se retuerce
implorando algún auxilio
un hombre que ya se muere.

El veterano con calma
pasa á la acera de en frente

y llama ansioso á una puerta
tosca y pintada de verde.

Pronto se escucha que gritan
por adentro: ¿qué se ofrece?

— Que salga un padre Camilo
á dar una buena muerte.

— ¿ Está cerca el moribundo?

— Muy cerca y morirá en breve.

— ¿ En qué calle?

— En esta misma.

— ¿ En qué casa?

— Á la intemperie.

Y dicho esto retiróse
de aquel sitio lentamente
pensando en todo ó en nada,
paso á paso como siempre.

.....

Cuentan que alcanzó el herido
la absolución *in extremis*
y partió para ese mundo
de donde nunca se vuelve.

Á aquella calleja angosta
que vió esta escena solemne
la « Espalda de San Camilo »
llamaba entonces la gente.

Mas después cambió ese nombre
por el que á la fecha tiene,
y es, cual lo dijo aquel viejo,
calle de la « Buena Muerte ».

EL ODIO DE UN GRAN SEÑOR

LEYENDA HISTÓRICA DE LA ESQUINA DE PALACIO

I

Juana, Lola y Luz formaron
un terno de lindas rosas;
en Méjico, por hermosas,
las tres Gracias las llamaron.

Su belleza soberana
era un nimbo, una aureola;
Luz era menor que Lola
y Lola menor que Juana.

Escultóricos los pies,
labios húmedos y rojos,
y por el garbo y los ojos
deslumbradoras las tres.

Juana era un tipo ideal:
pálida, esbelta, arrogante,
un verso alado del Dante
viviendo en carne mortal.

Lola, de franca expresión,
rostro de perfil romano

con el color fresco y sano
de la almendra de un piñón;

y Luz, gallarda y gentil,
á todo hechizo despierta
era una azucena abierta
en una aurora de abril,

bella como un arrebol,
con tan rubia cabellera,
que suelta en sus hombros era
un haz de rayos de sol.

En arabescos chapines
siempre ocultando el pie breve,
hecho con ampos de nieve
ó pétalos de jazmines.

De su pecho en el confín
mal velaba tanto aliño
los dos volcanes de armiño
con cráteres de carmín.

Y en la voluptuosa espira
de su cuerpo de palmera,
las curvas de la cadera
formaban bien una lira.

Y unido á tanto embeleso
y á gracia tan soberana,
eran sus labios de grana
candente nido de un beso.

Y en Méjico, en conclusión,
las tres hermanas tan bellas
daban celo á las estrellas
que ostenta el Cinto de Orión.

II

Don Lorenzo Valazés,
hombre de arrojo y valía,

era de gran nombradía
y de no poca altivez.

Opulento y gran señor,
de dulce y afable trato,
con fama de literato
y de grave historiador;

era siempre epigramático,
y aunque muy bien recibido,
era de muchos temido
y ante todos antipático.

Conoció á Luz, y el capuz
varió de su suerte impía,
porque aquél fué el primer día
que vió la primera luz.

Se impresionó Luz por él,
y él osó pedir su mano,
mas se le opuso el hermano
de su amada, don Leonel.

No declaró guerra abierta
sino artera y sin testigo
ofreciéndose de amigo
mas sin abrirle su puerta.

Luz, inquieta y aturdida,
amó sin ningún temor,
que siempre el primer amor
es el todo de la vida ;

y así, sin razón ni calma,
sin reparar en su hermano,
no pudo negar su mano
á quien le dió toda el alma.

Tuya soy, tuya seré,
le dijo, y descansa en mí,
y si me alejan de tí,
ó te busco ó moriré.

Y sin poder más decir
presa de su amor ardiente,
dichosa con el presente
nunca miró el porvenir.

Don Leonel, que vió el comienzo
de un negro drama en su hogar,
nunca quiso demostrar
su aversión á don Lorenzo.

Mas éste, con la esperanza
de dar cima á su ilusión,
abrigó en su corazón
á un tiempo amor y venganza.

III

Don Leonel habló á su hermana,
y con muy sana intención
le condenó una pasión
tan violenta como vana.

— Nunca tu amante será
de tí digno, hermana mía,
ese amor es flor de un día
y puedes matarlo ya.

Tú me has visto indiferente,
pero así no he de seguir,
pues debo tu porvenir
siempre velar diligente.

Antes que mirarte presa
de este hombre en el torpe intento,
quiero verte en un convento
de novicia ó de abadesa.

Tu hermano mayor soy yo,
y aunque tu pecho taladre,
lo mismo que nuestro padre
odio al que á mi padre odió.